

Dos mujeres, novela reivindicativa de Gertrudis Gómez de Avellaneda

María de los Angeles Ayala, Universidad de Alicante

Dos mujeres (1842–43) es la segunda novela que escribió Gertrudis Gómez de Avellaneda.¹ En ella la autora aborda algunos de los principales temas que protagonizan las grandes creaciones novelísticas del siglo XIX: matrimonios concertados, adulterio, educación femenina y papel del bello sexo en la sociedad decimonónica, temas que tantas páginas ocuparán en las grandes novelas del realismo-naturalismo español y europeo. De esta forma la autora, como en otras ocasiones, se adelanta a su tiempo y abre caminos insospechados en la narrativa española del momento.² Gómez de Avellaneda, por sus especiales circunstancias biográficas, conoció y admiró, como es bien sabido, la literatura francesa antes que la española, de ahí que la crítica contemporánea y moderna haya subrayado en ocasiones la influencia de autoras como Mme. Staël y George Sand en sus primeras producciones novelísticas: *Sab* y *Dos mujeres*, principalmente.³ Sin embargo, aun reconociendo dicha influencia, no es menos cierto que lo que Gómez de Avellaneda ofrece en *Dos mujeres* es fruto de su propia experiencia, de unas circunstancias vividas por la autora y de unos sentimientos y emociones sentidos en su propio ser.⁴ La novelista cuestiona el mundo que le rodea y vierte en sus creaciones unas reflexiones, pensamientos y creencias personales moldeadas bajo el ropaje del ideario estético romántico.

La correspondencia conservada de la autora nos permite acercarnos a la Gertrudis Gómez de Avellaneda de 1843, cuando todavía no se han editado, según confesión propia, los dos últimos volúmenes de *Dos mujeres*. Se trata de la carta del 28 de febrero de 1843 dirigida a Antonio Neira de Mosquera, en la que la escritora define sus circunstancias personales y su estado emocional de manera harto elocuente: ‘Soy soltera, huérfana, pues perdí a mi padre siendo muy niña y mi madre pertenece a un segundo marido. Soy sola en el mundo, vivo sola, excéntrica bajo muchos conceptos. Aunque no ofendo a nadie, tengo enemigos y aunque nada ambiciono, se me acusa de pretensiones desmedidas. Mi familia pertenece a la clase que llaman noble, pero yo no pertenezco a ninguna clase. Trato lo mismo al duque que al cómico. No reconozco otra aristocracia que la del talento’.⁵ Párrafo éste que subraya la soledad afectiva que envuelve a una mujer que no se contenta con desempeñar el papel pasivo que la sociedad le asigna; de ahí su resolución por mantener su independencia y libertad, y demostrar, igualmente, su capacidad intelectual y su poderosa fuerza creativa. Y todo ello a pesar de intuir

por propia experiencia las dificultades que entraña para una mujer mantener una postura personal frente a los convencionalismos sociales de la época.⁶ Si he traído a colación este párrafo es para relacionarlo, dada su contemporaneidad, con lo que, desde mi puunto de vista, es la tesis de la novela que nos ocupa y que se encuentra resumida en los párrafos finales de la misma. En *Dos mujeres*, Gómez de Avellaneda alza su voz contra una sociedad que convierte inevitablemente a la mujer en su víctima. De ahí que, en esas páginas finales que hemos mencionado, la autora sostenga la imposibilidad de que la mujer alcance la felicidad; sea cual sea su situación personal, ofensora u ofendida, se amolde a los convencionalismos o se los salte de manera altanera.⁷ Para desarrollar esta tesis, Gómez de Avellaneda plantea un sencillo argumento en el que dos mujeres de muy distinto temperamento y formación – Luisa, prototipo del ideal femenino de la época, y Catalina, mujer nueva, que guía su propia forma de vivir – se enamorarán perdidamente de Carlos, hombre inadecuado para ambas, pues será incapaz de corresponder con la misma intensidad con que es amado por ambas mujeres, y causará, por consiguiente, la infelicidad tanto de Luisa como de Catalina. La novela, de escasa acción, se inicia con la descripción de la boda pactada desde la infancia por los padres de Carlos y Luisa, primos que al reunirse de nuevo tras años de alejamiento se sienten atraídos entre sí. Toda esta tranquila felicidad conyugal se desmorona cuando Carlos debe ausentarse de Sevilla para resolver un problema de herencia en la corte. En Madrid conocerá a Catalina, mujer que le atraerá irremisiblemente. A esta situación conflictiva el lector llega cuando apenas ha iniciado los primeros capítulos del volumen II de *Dos mujeres*, centrándose la autora a partir de este momento en el análisis psicológico de estos tres personajes que se debaten ante la imposibilidad de hallar la felicidad personal.

Los dos retratos femeninos ocupan, lógicamente, un mayor número de páginas. Ambos personajes, aunque opuestos en educación y trayectoria vital, son presentados por la autora como mujeres conscientes en todo momento de la autenticidad de sus sentimientos, capaces de luchar por conservar su amor y de tomar una resolución, equivocada o no, que ponga fin a esa desdichada situación en la que se encuentran. Por el contrario, Carlos, poco resolutivo, se deja llevar por los impulsos y emociones que experimenta en cada momento, subyugado por la presencia alternativa de Luisa y Catalina. Sólo cuando Luisa le facilita la solución – marcharse a Londres con Catalina, ya que espera un hijo suyo – Carlos recobra cierta tranquilidad, aunque no logre ahogar por mucho tiempo los remordimientos que le embargan al reconocerse culpable de la infelicidad de ambas mujeres: ‘Yo he sido el asesino de ambas. Mi corazón rebosa remordimientos, y siento en este instante que las dos me son igualmente adoradas, y que sin embargo quisiera aniquilar a una’.⁸

Gómez de Avellaneda nos ofrece dos retratos femeninos que tienen mucho que ver con ella misma, pues la situación inicial tanto de Luisa

como de Catalina es muy similar a la vivida por la autora en Cuba, cuando su familia, sin tener en cuenta su corta edad, concierta su compromiso matrimonial con un pariente lejano.⁹ Catalina indudablemente es el alter ego de la escritora; al igual que ésta, la heroína se muestra convencida de poseer una capacidad intelectual similar a la de cualquier hombre ilustrado y decidida a obrar con la libertad que le otorga esa misma capacidad. Gómez de Avellaneda desnuda sus experiencias a través de estos dos personajes femeninos que utilizan la primera persona para dar rienda suelta a la expresión de su propia interioridad, palabras que se mezclan con la voz del narrador que confirma, añade y completa lo que los personajes definen.

En *Dos mujeres* la autora pone de relieve la situación de indefensión en la que se encuentra la mujer de su época, tanto si se atiene a los convencionalismos que impone la sociedad como si pretende romper ese esquema tradicional y obrar de acuerdo con sus propios criterios. En la novela se dibujan dos tipos de mujer, educadas con fines diferentes pero igualmente negativos para ambas. Luisa, arropada y vigilada por su madre, desconoce el mundo real, entregándose de manera total al hombre que su familia le ha destinado desde su infancia. Luisa responde al ideal masculino de mujer – dulce, bondadosa, de gran religiosidad – sin otro objetivo que proporcionar la felicidad a los que la rodean. Mujer de escasa preparación intelectual, cuyos conocimientos más notables son los relacionados con el gobierno de la casa. Gómez de Avellaneda, defensora de su propio sexo, no rechaza este tipo de mujer, ya que dota a su personaje de un carácter sólido y de gran capacidad resolutive cuando estalla el conflicto amoroso.

El retrato de Catalina es más complejo, pues se describe a una mujer que rompe con los estereotipos de la época, una mujer que ‘analizaba como filósofo y pintaba como poeta; tenían sus pensamientos el vigor y la independencia de un hombre y expresábalos con todo el encanto de la fantasía de una mujer’.¹⁰ Catalina nace de la simbiosis de la experiencia personal de la autora y del dominio de la técnica romántica, pues como han señalado Susan Kirkpatrick y Evelyn Picon Garfield, estamos frente a un personaje trazado con rasgos plenamente románticos: mujer de excepcionales cualidades, dotada de una extraordinaria sensibilidad que la lleva a experimentar el goce más supremo o el dolor mas extremo y para la que tan sólo existen dos destinos contrapuestos, el amor o la muerte.¹¹ Gómez de Avellaneda desvela la personalidad de su heroína a través de distintos procedimientos, ya que el lector se acerca a Catalina por medio de los comentarios que otros personajes realizan sobre sus cualidades y existencia al margen de los convencionalismos sociales, su propia forma de actuar – comportamiento ejemplar ante la enfermedad de Elvira – o cuando expresa sus motivaciones más íntimas a Carlos en el capítulo XI del segundo tomo, relato-confesión de la frustración y desengaño de una mujer que aspira a alcanzar la felicidad plena. Catalina

reconoce en dicha confesión el haber intentado llenar el vacío existencial mediante el matrimonio con un hombre acaudalado, su afición a las letras y las artes, el retiro y el contacto con la naturaleza, o esos nuevos amores después de la muerte de su marido. Sin embargo, nada le satisface hasta que encuentra a Carlos, hombre digno de ser amado, y si bien es verdad que en la novela la narradora ha ido manifestando sus dudas sobre la inmutabilidad del sentimiento amoroso, la heroína no sólo desafía la ley de la naturaleza sino que también aspira a ese amor eterno. El análisis del proceso amoroso entre Carlos y Catalina es sutil y pormenorizado, describiendo las distintas fases por las que pasa la relación amorosa, desde el inicial rechazo de Carlos hasta su aceptación, desde el mantenimiento de unas relaciones castas hasta la explosión de la pasión. Exposición de unas emociones y sentimientos que no sólo se relacionan con un canon estético sino que guardan una estrecha similitud con los experimentados durante la conflictiva relación amorosa que la novelista ha vivido con Ignacio de Cepeda y que está recogida en su conocida *Autobiografía*.

El amor que Catalina siente por Carlos, hombre casado, sólo se justifica desde las convicciones personales del personaje, pues se muestra contraria a la institución matrimonial tradicional, institución que somete a la mujer a los intereses del hombre. Luisa representa la aceptación de esa limitación femenina, de esa dependencia absoluta de la voluntad masculina, mientras que Catalina se erige en dueña absoluta de su destino, desarrollando su capacidad seductora para lograr al hombre que ama, llevando a cabo el trágico acto del suicidio cuando comprende que las consecuencias de su desafío a la sociedad recaerán sobre el hijo que espera. El matrimonio, institución social que se impone sobre los sentimientos, ahoga cualquier posibilidad de felicidad a estas mujeres.¹² Este lazo indisoluble afecta a los tres protagonistas de la novela, pero sus consecuencias son especialmente negativas en el caso de Luisa y Catalina, ya que el matrimonio es el único destino que la sociedad concede a la mujer, mientras que Carlos, una vez desaparecida Catalina, satisface sus ambiciones personales emprendiendo una brillante carrera política. Catalina, apoderándose del discurso de la mujer transgresora, se rebela ante tal realidad:

Cuando se llega a este estado, Carlos, en el cual las ilusiones del amor y de la felicidad se nos han desvanecido, el hombre encuentra abierto delante de sí el camino de la ambición. Pero la mujer, ¿qué recurso le queda abierto cuando ha perdido su único bien, su único destino: el amor [...] cuando [...] el corazón no nos da ya lo que necesitamos, entonces es muy bella la ambición. Entonces es preciso ser guerrero o político; es preciso crearse un combate, una victoria, una ruina... Pero ¡la pobre mujer, sin más destino en el mundo! ¿qué hará, qué será cuando no pueda ser lo que únicamente le está permitido.¹³

En *Dos mujeres* se pone en tela de juicio las ideas culturales españolas sobre el matrimonio, figurando dicho lazo como el vínculo indisoluble que mantiene apresados a los individuos cuando el sentimiento amoroso ha desaparecido. Gómez de Avellaneda expresa en la novela su rechazo a la aceptación de una norma social en que la mujer siempre termina siendo víctima, acepte o se rebele frente a la imposición social. Catalina, transgresora de las normas sociales, no hallará otra salida que la del suicidio ante la realidad de que la sociedad nunca aceptará su amor por Carlos ni admitirá la legalidad del hijo que espera. Catalina devuelve a Carlos al seno de la sociedad con ese acto de violencia sobre sí misma, con la esperanza no sólo de beneficiar al hombre amado sino también motivada por el afecto y la comunicación espiritual establecida entre ella y Luisa. Catalina participa del dolor de su rival y, admirada de su conducta generosa, es capaz del sacrificio supremo, confiando en que su desaparición permita a Luisa recuperar el amor de Carlos. Pero la felicidad para los esposos es imposible, pues las emociones y experiencias vividas impiden cualquier vestigio de amor entre ellos. Luisa se mantendrá unida a Carlos sólo por imposición de las normas sociales, pero la felicidad ya no es posible: ‘la indisolubilidad del mismo lazo con el cual pretenden nuestras leyes asegurarles un porvenir, se convierte, no pocas veces, en una cadena tanto más insufrible, cuanto más inquebrantable’.¹⁴ Luisa es por tanto una víctima más, como la propia Catalina, de las normas que impone una sociedad regida por los dictados y deseos masculinos, una sociedad que ni siquiera consigue la felicidad de las mujeres que, como Luisa, se pliegan al ideal femenino acuñado por ella misma. De ahí que la novelista introduzca en varios momentos de la obra alegatos a favor de la mujer, intentando poner de relieve su valor para aceptar las imposiciones del hombre aunque éstas vayan en contra de sus propios intereses. La mayoría de las mujeres de la época los acatan, como Luisa, pero la novelista protesta ante los *reyes por la fuerza* – según expresión de la autora – que aprovechándose de la bondad de las mujeres las convierten en víctimas y todavía quieren convencerlas de que su situación es inmejorable, de ahí que la narradora, dirigiéndose a las lectoras, subraye con no poco dolor lo siguiente:

La mujer es siempre víctima en todas sus asociaciones con el hombre. No lo es solamente por su flaqueza, lo es también por su bondad. Buscadla amante, esposa o madre y siempre la hallaréis sacrificada ya por la fuerza ya por su voluntad: siempre la hallaréis generosa y desventurada, ¡ah, sí, muy desventurada! Pero no vayáis a decírselo a esos reyes por la fuerza, que tan decantada protección aparentan darle ... No se lo digáis, no, porque después de haberle inhabilitado para los altos destinos que exclusivamente se han apropiado, después de cerrarle todas las sendas de una noble ambición, después de anatematizar cualquier laudo que haya arrancado trabajosa y gloriosamente a su

orgullo, todavía serían osados a disputarle el triste privilegio de la desventura; todavía querrían despojar a la víctima de su corona de espinas y persuadirla de que era dichosa.¹⁵

Sabemos por sus memorias y las numerosas cartas conservadas de la autora que nunca se conformó con el patrón femenino que la sociedad concedía a la mujer de la época, pues ya desde niña Tula se apartó de los comportamientos tradicionales de su sexo, inclinándose por el estudio, la lectura y demás manifestaciones artísticas.¹⁶ De igual forma percibió tempranamente que el matrimonio no tenía que ser, obligatoriamente, el único camino que se le brindara a la mujer, ni que éste garantizase su felicidad. Recordemos cómo la escritora reconoce en su autobiografía haberse dado cuenta de que el matrimonio de sus padres no fue feliz, como tampoco lo fue el segundo enlace de su madre ni la unión de su prima Angelita. Tula romperá en distintas ocasiones sus compromisos matrimoniales, tanto los forzados por sus familiares como los nacidos libremente, como el de Ricafort, cuando coartan su libertad y se convierten en obstáculo a sus pretensiones literarias. El matrimonio tradicional siempre inspirará prevención a nuestra escritora, quien defiende en distintos textos, como en *Dos mujeres*, su derecho a amar con total libertad, al margen de los convencionalismos y prejuicios sociales, al hombre capaz de respetar su identidad como mujer y escritora.¹⁷ De ahí que en carta dirigida a Ignacio Cepeda el 25 de julio de 1845 sostenga sobre el matrimonio unas opiniones tan actuales como las siguientes:

Yo no me he casado ni me casaré nunca; pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal que garantizase la duración de mi afecto ... El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo y a mi modo lo abrazaría. Lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría ... Para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe ... Yo no tengo ni tendré un vínculo, porque lo respeto demasiado; porque el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de *veneración*, porque no he hallado ni puedo hallar un corazón bastante grande para recibir el mío sin oprimirlo y un carácter bastante elevado para considerar *las cosas y los hombres* como yo los considero.¹⁸

NOTAS

¹ *Dos mujeres, por la señorita de Avellaneda*, 4 tomos (Madrid: Gabinete Literario, 1842-43).

- ² Consúltense al respecto Margarita Nelken, *Las escritoras españolas* (Barcelona: Labor, 1930), pp. 195–97.
- ³ La relación de escritores franceses que conocía Gómez de Avellaneda antes de que se instalara en España está recogida en el trabajo de Emilio Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras. Ensayo biográfico y crítico* (Madrid: Tipografía de Archivos, 1930), p. 430. La crítica ha subrayado sobre todo la influencia de obras como *Leila* e *Indiana* de George Sand o *Corinne* de Mme. Staël en las novelas de Gómez de Avellaneda. Véase a este respecto Raimundo Lazo, *Getrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poetisa lírica* (México: Porrúa, 1978), p. 89; Susan Kirkpatrick, *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835–1850* (Madrid: Cátedra, 1989), pp. 157–58; Evelyn Picon Garfield, *Poder y sexualidad: el discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Amsterdam: Rodopi, 1993), pp. 123–27.
- ⁴ En carta dirigida a Antonio Neira en 1844, Gómez de Avellaneda se defiende de las críticas aparecidas en la prensa y que vinculan su novela a las obras de George Sand. La escritora, aun reconociendo su admiración por la novelista francesa, señala con vigor que la calidad más característica de un autor es su originalidad y que en su caso ésta ‘nace forzosamente de la independencia de mi carácter y de la incapacidad que tiene mi imaginación para sujetarse a sendas trilladas’: véase Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras*, p. 431. El mismo Neira, al comentar *Dos mujeres* en el artículo biográfico que dedica a la novelista en *El Arlequín* a principios de 1844, se hace eco de la protesta de la escritora y proclama su originalidad.
- ⁵ Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras*, p. 430.
- ⁶ Para conocer con amplitud las circunstancias personales de la escritora, consúltense, además de los estudios citados de José Castro y Serrano y Emilio Cotarelo y Mori, los trabajos biográficos de Mercedes Ballester, *Vida de la Avellaneda* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1949) y Carmen Bravo-Villasante, *Una vida romántica: La Avellaneda* (Barcelona: Edhasa, 1967), trabajo reeditado recientemente en Madrid por Ediciones de Cultura Hispánica, 1986.
- ⁷ La novela termina con el significativo párrafo que transcribimos: ‘La culpable encuentra por doquier jueces severos, verdugos implacables. La virtuosa pasa desconocida y a veces ¡ay! calumniada. ¡Y la culpable y virtuosa ambas son igualmente infelices, y acaso también igualmente nobles y generosas!’ : *Dos mujeres*, IV, 73.
- ⁸ *Dos mujeres*, IV, 45–46.
- ⁹ Véase Lorenzo Cruz de la Fuente, *La Avellaneda. (Autobiografía y Cartas)*, segunda edición (Madrid: Imprenta Helénica, 1914), pp. 45–62, donde se exponen las circunstancias del matrimonio concertado de la escritora con un pariente lejano y las consecuencias negativas de su ruptura: recriminaciones de su madre y demás familiares, escándalo social y pérdida de la herencia de su abuelo materno.
- ¹⁰ *Dos mujeres*, II, 131–32.
- ¹¹ Véanse Kirkpatrick, *Las Románticas*, pp. 157–63; Picon Garfield, *Poder y*

sexualidad, pp. 119–20.

- ¹² Carlos, en conversación con su esposa Luisa, reconoce que el vínculo matrimonial impide cualquier esperanza de felicidad: ‘Pero ¿puedo hacerte feliz? ¿puedo serlo yo mismo?... Tan imposible es ya como el devolverte tu libertad perdida. Los hombres nos han encadenado con vínculos eternos y tu, pobre ángel, serás víctima como yo de sus tiránicas y absurdas instituciones’: *Dos mujeres*, II, 104.
- ¹³ *Dos mujeres*, II, 109.
- ¹⁴ *Dos mujeres*, IV, 73.
- ¹⁵ *Dos mujeres*, III, 114–15.
- ¹⁶ Véanse los artículos reunidos bajo el epígrafe *Feminismo* en Rosa M. Cabrera y Gladys B. Zaldívar (eds.), *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Miami: Ediciones Universal, 1981), pp. 69–141.
- ¹⁷ Recordemos que la escritora contraerá matrimonio por primera vez en 1846 con D. Pedro Sabater, cuando la escritora había cumplido treinta y dos años y ya no tenía que elegir entre el matrimonio y su carrera literaria.
- ¹⁸ Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras*, p. 141